

ba como nunca y las aromas del campo eran más fuertes y parecía brillar más el río y los pensamientos estaban más inquietos y las rosas despedían más perfumes, en tanto que el canario y el mirlo no cantaban y los gorriones mostrábanse así como desganados, se encendió el diálogo de balcón á balcón con la vecinita sobre las atrocidades (según ella) de despedazar á los cadáveres en las salas de anatomía, y con este motivo abrí mi libro de medicina y enseñé á la cabecita rubia la estructura del corazón, concluyendo por decirle:

— ¿Sabe Ud. para qué sirve principalmente esta viscera?

La niña presintió en su instinto de mujer mis palabras, ruborizóse y no contestó.

— ¡Pues se lo voy á decir! — seguí, y luego, sin morderme la lengua, pero algo balbuciente, la ensarté la más explícita declaración de amor que para un caso análogo hubiera querido el mismísimo amante de Isabel de Marilla. La cabecita rubia entróse sin responder; los gorriones alzaron el vuelo chillando; se me antojó que se reían, y de fijo aquella noche el mocosito de Eros cogió una turca para celebrar su triunfo.

A los ocho ó nueve días la cabecita rubia, aceptando mi amor, me hizo el más dichoso estudiante que puede darse; habló á la mamá de la vecinita, se formalizaron nuestras relaciones; fué el tiempo salimos yo no sé cuantos domingos á paseo, al campo, siempre provistos de la clásica tortilla para tomar un bocado sentados sobre el verde de junto al Puente de los Franceses, nuestro sitio predilecto; entré por fin en casa de mi novia; las rosas y los pensamientos y el canario y el mirlo se acostumbraron á mi presencia; los gorriones concluyeron por tenerme como amigo, y así ocupé por derecho propio un sitio de preferencia junto á la monada de la cabecita rubia y en aquella monada del balcón de los pájaros.

### III

Vinieron las vacaciones, me fui á mi pueblo con una nota de sobresaliente que alborozó á mi pobre madre, y durante el verano me carté con mi novia, circunstancia que me obligó á confesar mis relaciones. Un día del mes de septiembre, cuando sólo me faltaban quince para tornar en busca de la dicha á la corte, recibí un telegrama de la madre de la niña rubia, diciéndome que ésta se hallaba gravísima; á las pocas horas se repitió el parte, anunciando un peligro de muerte inminente. Me puse en camino en seguida, presa de indecible zozobra, espantado llegué á Madrid, y ¡qué cuadro tan terrible se me ofreció al entrar en la salita del cuarto de mi novia!

En el centro de la habitación, entre cuatro amarillas velas, sobre una sencilla cama fúnebre descansaba con el sueño eterno la pobre niña de la cabecita rubia, pero sus ojos ya no tenían un dispendio de azul cielo, ni sus mejillas un derroche de rosa pálido, ni sus labios una exuberancia de rojo encendido. Sólo su rostro conservaba su lujo de blanco mate, más blanco y mate que nunca. Delirante me arrojé sobre aquel querido cadáver cubriéndole de besos. Las vidrieras del balcón se hallaban abiertas. Bellini y Meyerbeer, el canario y el mirlo hallábanse silenciosos; las rosas y pensamientos estaban ajadas; faltábales el riego, el cuidado de su dueña, y en la barandilla de aquella monada de balcón, los gorriones, que venían en busca de su almuerzo, permanecían n.udos, quietos, como atontados, sin acordarse de pitorrear pidiendo sus cañamones.

Sola, sola con su muerta querida, la pobre madre sollozaba en un rincón del cuarto. Más con los ojos que con los labios, la pregunté como ocurriera tal desgracia, y supe que aquella monada de la monada del balcón de los pájaros, había volado al cielo el día anterior, llevándose una fiebre perniciosa.

Cuando concluyó de hablar, el que esto nos narraba á varios amigos, parecía conmovido. Dominó su emoción y concluyó con estas palabras:

— ¡Si aquella mujer no hubiera muerto habría sido mi esposa! ... ¡Ilusiones que se desvanecieron! Muchas veces en nuestras horas de ventura en las tardes de verano, pretendíamos ella y yo á coger el polvo luminoso de un rayo de sol, que se colaba por las rendijas de las entornadas maderas del balcón de los pájaros; pero el polvo luminoso se deshacía entre nuestras manos al tocarlo. ¡He ahí lo que son las ilusiones!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

### Tiempo perdido.

Si el tiempo es oro, como dicen los ingleses, nadie derrocha su fortuna con más prodigalidad que los españoles.

Aquí ninguno se acuerda del tiempo, á no ser día de toros, por aquello de que puede permitirlos ó no, según reza el cartel.

El tiempo es lo de menos, dicen muchos. Y tienen razón, porque bien corto es el de nuestra vida.

Es una preciosa moneda que se gasta sin la esperanza de recuperarla.

Hay pesetas, aunque pocas, que vuelven al bolsillo de su primitivo dueño; pero no hay minuto que vuelva á alargar la existencia del que lo derrochó inútilmente.

Nace un hombre, ó una mujer, y Dios le dice desde la altura, sin que su voz llegue al mundo, por su puesto: "Ahí tienes cuarenta ó cincuenta años á tu disposición, y haz de ellos el uso que te convenga, en la seguridad de que yo no te doy ni un cuarto de hora más." Y aquí tienen ustedes á todo ser nacido, que reparte su tiempo y gasta veinticuatro horas cada día.

El gasto no puede reducirse porque la vida tiene su precio fijo, como todo bazar moderno; pero esas veinticuatro horas pueden emplearse bien ó mal, á gusto del parroquiano.

Hay quien duerme diez y seis horas diarias.

Ese es un desgraciado que no vive más que una tercera parte de su vida, á pesar de todo lo que dice Calderón en su portentosa obra *La vida es sueño*. El sueño es la muerte, ó su imagen más parecida. La existencia es el trabajo, la luz, el calor y el movimiento.

La importancia del tiempo se desconoce por completo en España y sus colonias.

Todos sabemos el valor de un billete de 1.000 pesetas y casi todos desconocemos el valor de cinco minutos.

A Napoleón le faltaron cinco minutos para no ser derrotado en Waterlón.

En cinco minutos se abrazaron en Vergara dos ejércitos que habían peleado siete años.

Hay quien muere en pecado mortal porque le falta un minuto para arrepentirse, y hay quien pierde toda su hacienda si llega un minuto más tarde de la hora señalada por el contrato de retroventa.

La salvación del alma y del cuerpo dependen á veces de ese pequeño espacio entre las sesenta oscilaciones de la péndola que oímos casi siempre con la mayor indiferencia.

Hay entes desocupados que pasean por esas calles sin rumbo fijo, y que sin embargo declaran con el mayor descaro que están haciendo tiempo.

El juego de la vida es de lo más inmoral que se conoce, porque todos perdemos.

Lo de *ganar tiempo* es una ilusión que se hacen algunos tontos.

El tiempo es el que *talla con ventaja* y nos *echa el pego* de cuando en cuando, perdiendo *los puntos* los años, los meses, los días ó las horas, según lo fuerte que juegue cada uno.

Nada se mira con más desprecio que esas horas que no han de volver en la vida.

Y el caso es que hay centros oficiales y privados que se destinan exclusivamente al *derroche* de tan precioso tesoro.

En los institutos se cursan nueve meses de griego, para que al tomar el grado de bachiller sepan muy poquitos lo que es *alfa* ni lo